

Hojitas de Fe

Amaos unos a otros

340

12. Familia católica

Por un noviazgo cristiano Vuestro amor

Conocerse mejor para amarse mejor, hemos dicho en las **Hojitas de Fe** anteriores. Un chico y una chica creen que se aman y creen en el amor: ésta es la razón de ser del noviazgo. Pero repetirles que sobre ese terreno hay que ser prudentes, que el amor tiene sus peligros, que el mañana puede reservarles sorpresas, todo eso les crispa de rabia, porque piensan interiormente que el fuego de su amor los preserva, y los preservará siempre, de los ataques de la vida. Sin embargo, la realidad innegable de los múltiples fracasos matrimoniales, obliga a pronunciar ese desagradable pero útil «*¡Cuidado!*», porque es una prudente puesta en guardia contra la irreflexión y la imaginación.

1º ¿Se aman de verdad?

El primer peligro en el terreno del amor es **la irreflexión**. Es asombroso ver a parejas juveniles aventurarse en el matrimonio sin reflexionar acerca de las obligaciones que esto implica.

Si se tratara de invertir dinero en un negocio, ¡qué cuidado no tendrían en medir el riesgo, por miedo a perder su capital! Mas en el matrimonio se arriesga algo de un alcance mucho más considerable, porque se trata de la felicidad, y cuando ésta se ha perdido, ya no se puede recobrar por ningún medio. El amor se venga terriblemente de los que han ignorado sus exigencias. Cuando se desploma, arrastra consigo todas las esperanzas, alegrías y posibilidades de felicidad, entre el estruendo aterrador de dos vidas que se vienen abajo, y provoca un sufrimiento que invade el alma y la vida entera de los desdichados que se han equivocado. «No se juega con el amor».

No quiere esto decir que los novios deban abandonar sus esperanzas, porque ¿quiénes han de vivir de esperanzas sino la pareja de jóvenes que entran en la vida a impulsos del amor? Pero estas esperanzas serán tanto más sólidas cuanto que habrán sabido guardarse de toda ceguera.

2º Los espejismos de la imaginación.

El segundo peligro en el campo del amor son los espejismos de **la imaginación**. «*¡Cuidado con las ilusiones!*», porque todos los que se dicen enamorados y creen estarlo, no siempre lo están de verdad. Algunas inclinaciones, nacidas

espontáneamente y mantenidas por la costumbre, tienen todas las apariencias de un amor auténtico, pero no lo son, y pueden engañar terriblemente a quienes se contentan con vivir de sueños.

1º La atracción física no es amor. Suele acompañar al verdadero amor, pero, por sí sola, no es un signo de él. Los novios tienen el deber imperioso de hacer ese discernimiento, dominando en su alma los movimientos superficiales que la agitan, para no dejar que en la carne se vuelque tanta violencia, que ya no se puedan apreciar las almas que han de vivir unidas de por vida.

2º La fuerza de la costumbre, de verse periódicamente, de compartir juntos las horas de ocio, de intercambiar sus pensamientos, puede ligar lo suficiente a unos seres para que sientan pena en separarse. Nada es más normal, pero tampoco eso es el signo irrefutable de un amor firme en orden al matrimonio.

3º El deseo de tener su propio hogar puede, por último, dar pie a una tercera ilusión. El deseo de experimentar el nuevo modo de vida que implica la posesión de un hogar, las nuevas responsabilidades que aparecen llenas de atractivo cuando se enfocan desde lejos, la independencia total con respecto a los padres, pueden ser otras tantas luces centelleantes que bailan ante los ojos de un chico o de una chica. Pero sería funestísimo error considerar como amor lo que tal vez sea sólo un deseo de evasión, tanto más fuerte cuanto más tensa se vuelve la atmósfera de desacuerdo o de coacción que se vive en la propia casa.

3º Lo que realmente es el amor.

Hay una medida que indica el alcance de un amor seguro, un signo infalible que permite distinguir el verdadero amor de todos los amores químicos ocultos tras las falsas ternuras de una pasión destinada a fenecer pronto. Este signo se llama **sacrificio**, o si se prefiere, **renuncia de sí mismo**.

Amar es sacrificarse por lo que se ama. Sacrificarse por alguien es ofrecerse a él. De aquí se puede inferir con todo rigor que, para una pareja que dice amarse, la cuestión está en ver hasta qué punto ambos están dispuestos a ofrecerse el uno al otro, ofrecerse con una ofrenda total que desprenda radicalmente a cada uno de sí mismo, para consagrarse al servicio del otro.

Como el hombre ha sido creado a imagen de Dios, el amor del hombre está hecho a imagen del amor de Dios. Ahora bien, Cristo nos ha enseñado que el grado de amor ha de probarse sobre la piedra del sacrificio: «*No hay mayor prueba de amor que dar la propia vida por el amado*» (Jn. 15:13).

Cuando dos viejos esposos han terminado de recorrer su camino y vuelven su mirada hacia atrás para contemplar la línea de su vida conyugal, ¿qué ven? ¿Un camino recto, triunfal y alegre, sembrado de risas cristalizadas y de grandes alegrías luminosas? Para nada. Lo que ven es un camino arduo, en el que las alegrías y las risas no han faltado ciertamente, pero en el que sólo aparecieron como altos en un trayecto lleno de renuncias, de abnegación, de sufrimiento. Por consiguiente, la pregunta: «¿Nos amamos de veras?*», significa: «*¿Nos sacrificamos verdaderamente el uno por el otro?*» Una ternura que no llega hasta ese punto, sino que pretende más bien recibir que dar y darse, es una falacia y una ficción engañosa.*

4º El egoísmo, principal enemigo del amor.

Queda claro, pues, que el egoísmo es el principal enemigo del amor, y que el amor verdadero es inversamente proporcional al egoísmo. Hace ya veinte siglos que Cristo enunció esta extraña ley de la felicidad, formulando la paradójica advertencia: *«El que busca su vida la perderá..., mas el que consiente en perder su vida por Mí, la hallará»* (Mt. 10, 39). Esta regla, que rige nuestras relaciones con Dios, se aplica muy adecuadamente al amor humano. Quien busque ante todo su propia felicidad, si está ligado a otro por el amor, la perderá; pero quien consienta en perder su propia felicidad, hallará la felicidad más extraordinaria que existe.

Cuanto menos piense uno en sí, cuanto menos se reserve unos islotes intocables y se aferre a sus derechos..., más enamorado estará, porque habrá reducido su egoísmo a servidumbre. No existe otra alternativa: o reduzco el egoísmo a servidumbre y renuncio a las exigencias orgullosas de un «yo» al que adoro, y entonces puedo decir al otro: «Te amo»; o no renuncio a mi egoísmo, que disimulo tras unas sonrisas y caricias, y entonces no tengo derecho a decir al otro: «Te amo»; y si lo digo, soy un mentiroso.

5º El amor no es un juego.

Los novios del siglo XXI pertenecen a un mundo en el que la noción de amor ha sido envilecida a modo de fenómeno social; por lo que es muy de temer que muchos hayan acabado imaginando que el amor es un juego.

1º Para algunos, el amor se reduce a la belleza. A los veinte años, cuando las cualidades físicas fascinan tanto y el cuerpo adquiere tanta importancia, se olvida que la belleza, por sorprendente y atractiva que sea, es terriblemente efímera, y empieza a sufrir el inexorable marchitamiento del tiempo; mientras que el amor requiere la duración. Basar el amor sobre la belleza es, por tanto, predestinarlo a que se marchite juntamente con ella, y a que desaparezca cuando la belleza falte. ¿Y quién no ve que esto implica la desgracia de la pareja?

2º Para otros, el amor se confunde con la idolatría de la carne. En un mundo en que el sexo ha llegado a ser un dios, se da el nombre de amor a los impulsos enfermizos de una carne en constante erupción. Porque se «desea» y codicia un ser, porque se aspira violentamente a saciar la pasión, dicen amarse locamente. Mas vanas son las esperanzas de los novios que confunden amor con atracción carnal, y se ilusionan hasta el punto de prometerse fidelidad en nombre de ese amor. Gozarán tal vez durante un tiempo de unos placeres violentos, pero nunca conocerán el gozo profundo que irradia la felicidad del amor.

6º Hacer intervenir la razón en el amor.

Para escapar a su parte puramente pasional y carnal, el amor debe acogerse a la razón, a fin de que la razón compruebe la calidad y los fundamentos sólidos del amor nacido de ese atractivo entre dos seres que se sienten ligados por una fascinación recíproca.

Si esta fascinación descansa sobre brillantes falsos, la razón la reprobará negándole el noble nombre de amor; mientras que, si tiene su origen en una riqueza interior auténtica, y aporta la generosidad que es su única garantía verdadera, la razón no podrá sino reconocerla y aprobarla con entusiasmo. La razón se convertirá entonces en la servidora y guardiana del amor.

Sobre todo, la razón debe velar por que ese amor vaya acompañado de un triple proceso: el de conocerse, el de dominarse, y el de conducirse.

1º Conocerse para saber lo que se ofrece al otro. Si en cada persona hay una indudable parte de virtudes y cualidades que lo hacen amable, hay también una serie de defectos y malas inclinaciones que debe combatir, para facilitar el amor del otro y asegurar su duración. Pero tal poda supone que cada uno haya llegado a ser consciente de las proporciones de su personaje, y eso, a su vez, supone que cada uno se conozca.

2º Dominarse. El matrimonio, para ser viable, requiere el ajuste de dos personalidades que han aceptado fundirse en la unidad. Mantener sujeto el propio carácter sin dejarle correr por el camino de las recriminaciones ásperas, a fin de que conserve en el hogar la serenidad requerida para el florecimiento del amor; controlar también, lo más perfectamente posible, los impulsos de las propias pasiones, a fin de no herir al cónyuge con arrebatos desordenados y ofensivos; domeñar por último en sí los apetitos de todo género, tanto los de la carne como los del espíritu, a fin de instaurar un clima de equilibrio que favorezca la paz: éstos serán los frutos del dominio de sí.

3º Conocerse, dominarse, y conducirse. El amor tiene exigencias imperativas que no toleran ni las vueltas atrás ni las desviaciones. Una vez fijados, en el fervor del comienzo, los fines que se quieren conseguir conjuntamente, una vez definidas las actitudes que hay que imponerse para que el amor perdure y conserve su vigor y juventud, una vez trazada la línea que ambos se comprometen a seguir, no debe haber dilación ni vacilación ninguna.

7º Perspectiva de eternidad.

Finalmente, no se olvide que **todo amor desemboca en la eternidad**. La prueba perentoria de esta verdad es la muerte misma, que separa a unos esposos para devolverlos a Dios. Los esposos, en el transcurso de su amor en el tiempo, han de recordar esa meta hacia la que caminan; y los novios, por su parte, han de verla con claridad antes de iniciar su camino. Acuérdense de que deben juzgar su amor con esa perspectiva, pues no podrán decir jamás que se aman mientras no se acerquen a Dios por ese amor y en ese amor.

Esta presencia de Dios en el amor, ¿no es, por lo demás, la sola razón de su duración? El amor humano no puede hacerse eterno sino por haberse desarrollado ante el Eterno. En resumen, no hay manera más segura de amarse en la tierra que amarse en Dios; no hay manera más cierta de asegurar la duración del amor a lo largo del tiempo que vivirlo en función de la eternidad.